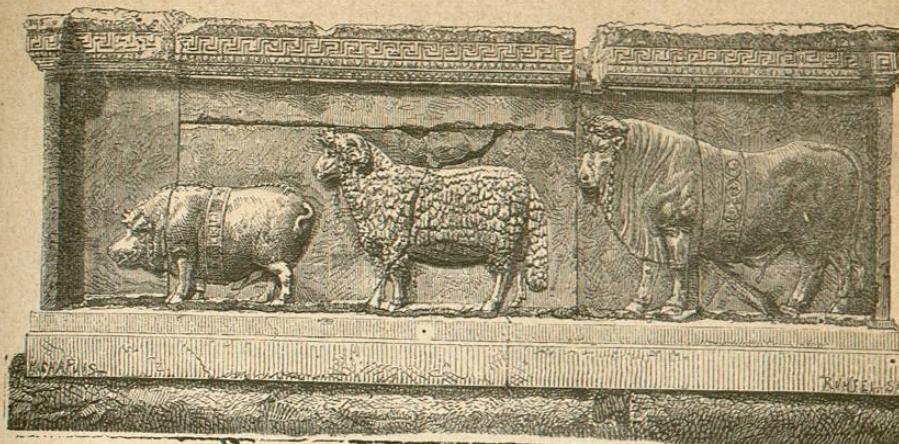


su cuerpo extinto y la escasa destreza del esbirro que le hirió. Lucano recitó los versos últimos del canto tercero de su *Farsalia*, en que pinta un soldado á quien se le huye la vida por amplias vías, inerte ya la parte inferior de su tronco, cuando aún la vida circula y palpita por su cabeza, la cual vida, muy poderosa é intensa, resiste, sosteniendo un combate la mitad del cuerpo con la otra mitad, de la cual á duras penas triunfa la muerte. Y con la última sílaba lanza también el último suspiro sin renegar un minuto del arte que le costaba la vida. Vestino daba un festín en su casa, cuando ve aparecer los sicarios, y sin pronunciar una palabra, ni proferir una queja, tiende á la espada el cuello para que lo descabecen. Con efecto, la cabeza cayó sobre su propio plato. Por temor á que reprodujera la conjura de Pisón, el César hizo apuñalar al joven patricio Silano cuando se disponía y aparejaba éste á un voluntario destierro. Petronio, el satírico, murió en la mayor calma, disertando con gracia y ligereza después de haberse abierto las venas al mandato de un esbirro imperial, y rompiendo contra el pavimento de mármol un hermoso vaso murrino para que jamás lo poseyera y usara el codicioso Nerón. La muerte de Traseas coronó todos estos horrores. Era este un ciudadano sin tachas, un filósofo sin sofismas, un orador sin retórica, un patricio sin orgullo, un hombre honrado y virtuoso sin ostentaciones ni énfasis. Nerón, ¡ah!, no podía sufrir su virtud, pero tampoco aceptar la responsabilidad de infligir á esta virtud el castigo que á un crimen. Defirió al Senado su causa, pues le acusaban de crimen de lesa majestad y de crimen de magia negra. Mientras el Senado deliberaba sobre su destino, Traseas departía y disertaba sobre la metafísica helena con el filósofo Demetrio. En el pórtico de su casa discurrían cuando le llegó la noticia de que le habían condenado los senadores, sus compañeros, á muerte. Sin abrir el senadoconsulto que decretaba su cruel suplicio, continuó disertando sobre la naturaleza del alma y las perspectivas que se le abren hacia la inmortalidad. Y concluido esto, se dió la muerte. Nunca las crueldades de Nerón habían llegado á tal extremo. Las islas se poblaron de proscritos, y muchos ciudadanos, por no vivir en aquel tiempo de horror, se quitaron voluntariamente la vida. Sólo el suicidio quedaba de refugio contra la tiranía.



## CAPITULO XXIII

EN GRECIA

El daño de Nerón, patente desde los primeros hasta los últimos minutos de su vida, consistió en las desmesuradas desproporciones entre su aspiración á la gloria inmortal del artista y los medios de lograrla debidamente. Lo medido de sus fuerzas y lo desmesurado de sus ambiciones explican la crueldad proveniente del desequilibrio entre su deseo y la satisfacción, desequilibrio generador de una rabia, la cual hacía que se revolviera contra los demás en lugar de revolverse contra sí mismo. Si naciera pobre, lograra en sucesivas experiencias convencerse del radio de sus facultades y del restricto límite hasta donde podía extenderlo. Pero, en la cumbre del mundo, rodeado por aduladores empeñados en cerrarle acerca de su mérito propio los ojos, llegó á estimarse un dios del arte, creyendo injusticia y malquerencia el inconsciente juicio de colectividades, incapacitadas del engaño individual, y sincerísimas en las tibias manifestaciones consiguientes al deseo de gloria manifestado por Nerón: que si los individuos fingen el amor siempre con dificultad, las colectividades



Aureus de Nerón

figen siempre con mayor dificultad todavía el entusiasmo. Pudo una educación esmerada corregir la naturaleza rebelde. Mas en esto fué desgraciadísimo Nerón. Proscrito de la corte largo tiempo á causa de irremediables competencias dinásticas durante todo el reinado de Calígula; y puesto, por destierro de Agripina, su madre, á disposición de una tía, la cual poco se curaba de su pupilo, tuvo por institutores en la infancia un bailarín y un barbero. Reentrado tras la muerte del emperador enemigo bajo el gobierno y dirección de la mujer ambiciosa é implacable á quien había de deber el trono, recibió estímulos de ella para las artes con el anticipado y constante objeto de que yendo tras una corona de laurel á la continua, dejara en manos de quien le diera la vida y el imperio su corona de oro. Así nunca recibió educación de César, sino educación de músico, de danzante, de cochero, de jugador, de caballista, de retórico, de poeta, de todo aquello que procura gloria y renombre, pero no poder y fuerza. Cuanto fué la educación primera de floja, fué la segunda de cuidada. Su madre le puso al lado, como maestro de sabia elocuencia, filósofo tan elocuente cual Séneca, y como competidor ó émulo en poesía, que aguijonease sus instintos, poeta de suyo tan afluente como Lucano. A éstos uniéronse los primeros flautistas, bailarines, pintores, atletas, retóricos, jinetes del mundo romano. Pero todos ellos exacerbaron la sed hidrópica de gloria y no le dieron satisfacción alguna. Su defensa de Troya no fué allende un débil ejercicio retórico, bien compuesto por un maestro de sabia experiencia y bien recitado por un discípulo de memoria feliz. Alegatos de vocero incipiente fueron las defensas de Bolonia en la tribuna y los discursos por la devolución de su libertad á Rodas. En cuanto á las arengas políticas, impuestas por su cargo y por los tenacísimos esfuerzos para lograrlo, todas nacieron del magín de Séneca. Las frases dirigidas en el instante de morir Claudio á los pretorianos; la oración fúnebre apologética del infeliz predecesor muerto á veneno; los programas casi republicanos dichos ante los senadores el día de su exaltación al trono por los soldados; las mil arengas en que defendía su gestión imperial ó celebraba sus personales virtudes; la notificación al Senado de su horrible parricidio, así como las justificaciones sofisticas de tan enorme crimen; los mismos elogios de Popea y de su hija, transformadas en diosas,

debiéronse á manos ajenas en su mayor parte, á manos tan hábiles en la composición y embutido de frases como las manos de Séneca. Cuando éste no le ayudaba, retenido por algún escrúpulo, conociase lo burdo de la urdimbre seguidamente, como se conoció en la notificación al Senado del envenenamiento de Británico y las explicaciones por la prisa en su entierro y públicos funerales. Así, en cuanto Nerón leía ó recitaba cualquier arenga, decíanse calladamente al oído los senadores unos á otros: es el bueno de Séneca quien habla, luciendo sus talentos y ostentando sus virtudes. Tal vez esta intervención activa y constante del filósofo en las arengas neronianas explica por qué no aspiró Nerón á orador con el mismo entusiasmo y perseverancia que á otros tantos oficios aspirara. Y realmente parece muy averiguado que aquí la realidad se impuso á la fantasía; y no sintiéndose dentro de sí el César con las facultades necesarias al arte oratorio, dejó tal pretensión en la penumbra de un segundo recatado término, mientras pedía con verdadera insistencia el apetecido lauro de músico, de cantante, de jinete, de actor, de poeta. Feliz arte la elocuencia, donde no caben ficciones, pues necesita ejercitarlo cada cual por sí mismo y empleando todas las facultades varias de su alma con todas las fuerzas de su voz, de su garganta, de sus nervios y sus músculos, irremplazables é insustituibles. Así, no cabiendo en las demás artes humanas la imponente realidad que impera en el arte oratorio, Nerón asaltó las otras, imaginando el cuitado que se rendiría el espíritu á su dominio é imperio como se había rendido mudamente la tierra.

No le pasó lo mismo en poesía. Sentíase con un poco de lumbre poética en su mollera y la tomó por todo un sol esplendente. Componía con facilidad, y con mayor facilidad aún alcanzaba el asentimiento de un auditorio compuesto por los pocos maestros que hay en todas las artes y por los muchos aficionados. Mas con sólo pararse un poco á meditar sobre los escasos fragmentos de poesía neroniana guardados en la memoria pública y sobre las noticias relativas al ejercicio de tal arte por Nerón, descúbrense las cooperaciones y auxilios prestados á quien de modo ninguno podía crecer en la soledad, que tanto ayuda de suyo al genio verdadero. Muchos de los antiguos cronistas declaran haber tenido en sus

manos las tablillas de cera donde Nerón depositaba sus inspiraciones, como depositan sus mieles regaladas en el panal transparente las laboriosas abejas. De tales observaciones transmitidas por la historia imperial, se deduce que Nerón por su propia mano trazaba las composiciones poéticas, trazándolas con esfuerzo y corrigiéndolas con rectificaciones múltiples, no sin que alguna mano hábil, pero extraña, introdujese allí su estilo, completando lo incompleto y escribiendo lo necesario. Las dos tradiciones trágicas en que puso sus cinco sentidos toda la vida, fueron *Orestes* y *Antígona*. Tal devoción les tuvo, que compuso con empeño sobre ambos dos tragedias, á pesar de haberlas trazado antes dos genios, como Esquilo y Sófocles. Se necesitaba ser loco de remate, como lo era Nerón, para pasarse la vida contemplando al parricida Orestes, quien había como él matado á su madre, aunque por amor al padre y no al imperio, circunstancia esta última en la cual mucho le aventajaba y le vencía el modelo, reo de un crimen idéntico á su crimen. El teatro antiguo tenía mucho de litúrgico, y como tenía mucho de litúrgico el teatro antiguo, nada tan propio como que Nemesis, la Justicia, fuera en sus escenas como la protagonista, infligiendo castigos y recompensando méritos, según las obras y las acciones de cada cual en el mundo. Así nada tan incomprensible como que prefiriese argumentos animados por la expiación, cuando tenía él tantos crímenes que pagar, predilección sólo explicable, ó por la presencia continua, ó por la ausencia completa en él de los remordimientos. Electra plañe la muerte de Agamenón, su padre, como el ruiseñor despojado por aleve capricho del nido en que pían sus hijuelos. Y mientras ella, la infeliz, alimentada como una perra, puesta como un andrajo en el vestíbulo de su palacio de Micenas al aire, vestida como una esclava de burdo sayal, va plañéndose, yace la madre con el asesino de su padre, traidoramente inmolado éste, y roto como un roble partido por el hacha en dos, sobre la cama nupcial de Agamenón. Virgen Electra, se subleva contra el adulterio de su madre; hija Electra, contra el asesinato de su padre. La criminal viuda de Agamenón se llama Clitemnestra. Su hija, siempre que la ve ante sus ojos, despide gritos de águila que atisba su presa, y le dice cómo aguarda venga el hijo mayor de la parricida, el esperado fuerte Orestes, en un relámpago celestial, á la ven-

ganza del padre, que no yacería invengado si ella fuese varón y tuviera fuerza para dar el golpe decretado por la justicia, es decir, por la eterna Nemesis. Al fin el aguardado en los relámpagos cae sobre la escena como un rayo y mata seguidamente á su madre, con la fría indiferencia que un sacrificador la víctima presentada en el ara de los dioses. ¿Cómo Nerón ha podido gozarse resucitando un crimen mucho menor que sus crímenes si tuviera conciencia? ¿Y qué diremos de Antígona, el modelo de madres y hermanas y novias, conduciendo á su padre ciego Edipo resignada y sacrificándose por sus hermanos Eteocles y Polinice? ¡Miradla! Bien puede un viejo palacio de monarcas ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece; y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Miradla joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus hombros, las pupilas vueltas hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando: «¡Parricidio! ¡Incesto!» Y en torno suyo se dilata el desierto; pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, por causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la sobreposición de ins-

tituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí propia, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas. Sófocles ha engrandecido y hermo-seado todas estas virtudes, tiéndolas de los esmaltes del genio y brillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sien-es y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo, aquel infeliz maldecido por los hados, muerte y sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al sitio donde residen las Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura. Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Atica van por allí errantes sin freno ni montura; los ruiseñores gorjean bajo la obscura

hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo, cargado de rocío celeste, se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de glaucas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe seguido por sus ninfas exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas, entre las ondas brillantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siempre sonriente, como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna, henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avvicinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos, que lo maldecían y lo rechazaban, se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis.

¿Sería posible que Nerón arremetiese con tal hermosa leyenda, si no estuviese, repito, rematadamente loco? Recordar las desgracias de Orestes, cuyo nombre mil veces le habían sus enemigos lanzado al rostro únicamente para herirlo de muerte, traer á la escena el tipo celestial de Antígona, cuando, como entenado, consintió en la muerte del padre Claudio, donador de su corona; como hermano, envenenó á Británico, no satisfecho con haberle desposeído del poder y del derecho á la sucesión en el imperio; como marido, mató con la espada del verdugo á su primer mujer, Octavia, y de un puntapié en el vientre á su segunda mujer, Popea; como hijo asesinó á su madre. ¡Oh! Demostraba su demencia. Pero se había empeñado en alcanzar el nombre de poeta, y le sonaban sonoros á su oído preparado por el amor propio versos que á la generalidad le parecían gárrulos é incoloros, imágenes tan vulgares como la que sigue: «A cada

movimiento del ave á Cyteres consagrada, arrebolábanse las plumas de su cuello.» Nerón se sumergía en una especie de contemplación estética, y se declaraba en dementes arrebatos el primero de los poetas á sí mismo. Pero no participaban de su opinión las gentes, y como al oírlo muchas veces se sonrieran y burlaran, decretaba en sus desquites muerte irremediable á quienes le maltraían y emponzoñaban la vida. No podía en su presencia y en sus conversaciones con él mentarse á ninguno de los animales conocidos por poco inteligentes sin que se ofendiera y se alzaprímara. Quiso matar á Persio por haber mencionado en sus versos las orejas del rey Midas. Y él, en cambio, las echaba de satírico. Y en sus sátiras aparecía muy acerbo. Sucédiale naturalmente lo que sucede á todos los malvados: como conocen el crimen cual nadie lo ha conocido, pintan el crimen cual nadie lo ha pintado. En su inconsciencia de loco vejaba el cuitado al pobre Afranio por viciosísimo. La muerte de Lucano se decidió en los consejos de su conciencia el día horroroso en que Lucano escribiera con su *Orfeo* un poema superior á cuantos escribiera Nerón y se penetrara éste de la incontestable superioridad. Así trazaba versos y más versos á roso y belloso. Lo mismo cantaba el camino de Anfitrites en retorno al claro palacio de su divino esposo Neptuno, bajo las aguas rodeado de lustrosos y saltadores delfines, que la carreta donde Leucotea ponía los lienzos lavados por ella en los clarísimos arroyos de su isla. Para que nada faltase á sus atrevimientos, pasósele por las mientes una idea muy rara: poner en verso toda la historia de Roma. Cuando sobre tal argumento se habían calcado poemas tan leídos como la *Eneida* de Virgilio y los *Fastos* de Ovidio; cuando contaban los romanos en este género una obra como la del inmortal Paduano, historia semejante de suyo á un poema, Nerón quería extender el imperio de su genio hasta sobre las generaciones muertas y evocar al conjuro de su inspiración todos los inmortales héroes de su patria. Aquí encaja como anillo en dedo un recuerdo que pinta dónde ponía Nerón sus ambiciones poéticas. A todo el mundo dirigía preguntas acerca de la extensión y naturaleza del ideado libro. Entre los escritores más competentes de aquel tiempo contábase uno conocido con el nombre de Cornuto. Y como le preguntase un día el emperador acerca del tiempo que necesitaba para

componer tan magna obra y del número de libros que debían componerla, exclamó: «Has menester más tiempo que toda la duración de tu vida; y si quieres tratar con la extensión debida tamaña materia, unos cuatrocientos libros.» Nerón mandó matar al irrespetuoso, y por un rasgo de piedad, conmutó la última pena en destierro perpetuo. Como cantante, la voz correspondía con su inspiración como poeta, débiles ambas. Sus enemigos dicen que hacía llorar cuando tiraba con empeño á hacer reír y que hacía reír cuando tiraba con empeño á hacer llorar. Sus amigos dicen que al mismo tiempo soplabá y sorbía; pegaba risa y llanto á su auditorio, bien ó mal de su voluntad. Pero con esto y con todo, importunaba el cuitado al público á la continua y recogía coronas á granel. Mas no le bastaba esta cosecha en Roma; para él estaba en Grecia el campo de la gloria inmortal. Allí el templo de Apolo en Delfos, el fuego sacro en Olimpías, las nueve musas en el Pindo, las carreras de caballos esculpidas por Fidias, los premios cantados por las odas pindáricas en las carreras de carros, el apetecido laurel de Dafne por los arroyos y las claras aguas del Céfiso de que deseaba llenar su vaso murrino para convertirse de veras en una divinidad.

Los romanos sometieron á los griegos por la fuerza de sus armas y los griegos á los romanos por la fuerza de sus ideas. La captada Grecia captó á sus captadores. Así ninguna provincia les importaba como estas helénicas. Las gobernó el Senado en la república, y en el imperio los césares despojaron de tan glorioso gobierno á los senadores. Comenzó tal obra el astuto César Octavio y la completó el astutísimo César Tiberio. En su sabia política removió este último poco los gobernadores nombrados por el antecesor. Esta inmovilidad en él contrastaba con la movilidad senatorial y le atraía partidarios. La nobleza, incapacitada de comprender esta política, la tachaba de muy envidiosa, creyéndola en su odio al género humano resuelta por no aumentar los dichosos, ó de muy perezosa por no hacer en su indolencia nuevos nombramientos. Recelaba Tiberio de los buenos por amor á su seguridad y de los malos por amor á la seguridad del Estado. Investía un patricio célebre con estos gobiernos, y si le daba la tentación de servirlos, reteníalos en Roma, demostrándoles cómo les había dado un honor y no un cargo. Prefería los enriquecidos á los necesitados, y á los